6.

UNIVERSIDAD LITERARIA DE SEVILLA.

DISCURSO

SOBRE EL ESPÍRITU CIENTÍFICO DEL SIGLO XIX,

LEIDO

EN LA SOLEMNE APERTURA DE ESTUDIOS

VERIFICADA EL AÑO DE 1857,

POR EL PRESBÍTERO

D. FRANCISCO GARCIA PORTILLO,

DOCTOR EN CIENCIAS, LICENCIADO EN JURISPRUDENCIA Y CATEDRÁTICO PROPIETARIO POR OPOSICION DE CIENCIAS MATEMÁTICAS EN EL INSTITUTO AGREGADO Á DICHA UNIVERSIDAD.



SEVILLA:

IMPRENTA: LIBRERÍA ESPAÑOLA Y EXTRANGERA, calle de las Sierpes núm. 35.

1857.

Ilustrísimo Señor:

Constituido en la necesidad de pronunciar este discurso, medité profundamente sobre la eleccion de un punto, que á par que fuese digno de la atencion de este cláustro, no careciera de las cualidades que le hiciesen propio de este dia. El primero que ocurrió á mi mente, fué pintar el espíritu científico y religioso del siglo en que vivimos; y conociendo que su extension no se acomodaria á los estrechos límites de un discurso académico, me decidí por considerarlo solamente en la parte científica. Pero ¿cuál no fué mi sorpresa al descubrir con mi imaginacion el inmenso campo que debia recorrer, y las graves dificultades que se oponian á tratar dignamente un asunto de suyo tan vasto como elevado? No se concede, dige, no se concede á mis débiles fuerzas vencer tantos obstáculos, ni á mis escasos talentos remontar su vuelo á tanta altura. Este temor me hizo variar de propósito por algun tiempo, y decidirme á hablar en este dia de la excelencia y progresos de las ciencias exactas. En tal estado me ocurrió el siguiente pensamiento: ¿será posible que mientras yo me esfuerzo en dis-

currir sobre la grandeza y adelantos de las matemáticas, piensen los otros en la sublimidad é importancia de la ciencia que enseñan? Esta idea, unida á que quizas V. S. I. no estimaría dicho asunto objeto digno y propio de un discurso de apertura de estudios, me puso en el caso de volver á mi primer propósito, con la esperanza de que toda una vida consagrada á las ciencias, y de ella veinte años á la enseñanza pública y privada en muchos de los ramos que constituyen el imperio de la filosofía, me suministraria la instruccion y generalidad de conocimientos mas precisos para su desempeño, contando siempre con la indulgencia que mereceré, aunque no sea mas que porque consagro mis débiles talentos al propio ministerio que V. S. I.; lo cual debe ser un justo título para pedirla y un motivo para obtenerla.

Cada siglo, Ilmo. Sr., se distingue por su propio y peculiar carácter, el cual se explica por sus tendencias y propensiones; y el de la presente centuria, en todo lo que se refiere á lo científico, es la aspiracion de cada hombre al completo dominio de todos los ramos del saber. Esta tendencia es de todas las clases y condiciones, y lo que es mas, se descubre hasta en los mismos que las censuran y contradicen. Hubo un tiempo en que los hombres mas entendidos, cuya fama de saber era tan pública como justamente merecida, confesaban con la ingenuidad propia de los sábios, que eran extraños á ciertos y determinados conocimientos, sin que ellos con tan sincera manifestacion estimáran menoscabado su buen nombre, ni el mundo los creyera rebajados en su distinguido mérito. Pero hoy, no digo yo los literatos, sino los verdaderamente ignorantes, no se escusan preguntados, y algunas veces sin serlo, de hablar de lo que no entienden, prefiriendo errar á la manifestacion de su ignorancia. Diré mas: hasta la plebe cuyo destino fué siempre oir á los hombres entendidos y respetar sus dichos como oráculos, entra hoy á departir sobre los puntos mas interesantes y obscuros, y no

sabiendo gobernarse á sí misma, se estima capaz de gobernar el universo; lo cual prueba que hasta los instintos cuentan tambien sus extravios.

El cuadro que acabo de bosquejar, explica de una manera indudable el carácter científico del siglo, y lo retrata con exactitud. Analizemos en prueba de esta verdad los preciosos monumentos con que la Iglesia y el Estado han querido acreditarla, no ya en cuanto á los extravios que acabo de censurar, sino en lo que el espíritu de quererlo saber todo tiene de real y verdadero. Si fijamos la consideracion en los planes de estudios, que desde algunos años á esta fecha han visto la luz pública, notaremos que van siempre en progresion creciente sus exigencias. Hasta hace poco la Filosofía estaba reducida á las ciencias de los fenómenos mentales, la Jurisprudencia á lo indispensable para hacer las defensas de los pleitos y dirigirlos mediante una larga práctica, la Medicina á lo mas preciso para el conocimiento de las enfermedades, y aplicacion de los remedios conducentes á curarlas, la Sagrada Teología á las materias que le son propias, si bien es verdad que por la grandeza peculiar de está ciencia, los dedicados á su estudio han cultivado en él sus talentos de una manera mas general. Pero ¿y hoy? La Filosofía elemental abraza la mayor parte de los conocimientos humanos, hasta el punto que para los grados superiores en ella se exigen casi las mismas ciencias, aunque en mayor escala, que para el grado de Bachiller, por lo cual son conocidas con el nombre de estudios de ampliacion.

En cuanto á las demás facultades podemos decir lo mismo que de la Filosofía, puesto que en la Jurisprudencia á los vastos conocimientos en aquella facultad se unen de esta los bastantes para formar, no solo abogados y jurisconsultos, sino tambien sábios legisladores: en la Medicina á la instruccion propia de la ciencia de curar, se enlaza, como indispensable, la que, ad-

quirida con profundidad, hermana al médico con el químico de profesion y con el naturalista instruido; y finalmente el Teólogo, atacado segun la índole del siglo, no con los argumentos de los heresiarcas de los antiguos tiempos, sino con los nuevos descubrimientos de las ciencias naturales, con que pretendieron y aun pretenden temerariamente algunos combatir los dogmas de las verdades eternas, se ha visto en la necesidad de instruirse tambien en esas ciencias para hacer frente con las mismas armas, y conseguir victorias tan celebradas, como las que recientemente se alcanzan por las obras que se han publicado y aun se publican por eclesiásticos, que honran así á la Iglesia como á la república de las letras con sus raros y extraordinarios conocimientos.

Tampoco es justo afirmar que esta tendencia es exclusiva de los depositarios de la autoridad civil, puesto que tambien se observa en las disposiciones de la Iglesia. Examínese el plan que rige en los Seminarios, y se verá que es mas exigente que el de las Universidades, principalmente en la Filosofía. Porque si bien es cierto que se desentiende del estudio de la historia natural, tambien lo es que á la reunion de conocimientos contenidos en este último, añade la Metafísica, sin prescindir de la mayor extension en la Psicología, del Griego que une á la enseñanza de latinidad, y en fin de los elementos de los cálculos diferencial é integral, como necesarios para el dominio de la Física. ¡Ojalá que en el plan próximo á ver la luz pública formen estos conocimientos parte de la Filosofía elemental, y que no se omita que el estudio de la Física debe posponerse al de las ciencias exactas, si es que aquella ha de hacer uso de las eternas verdades que estas nos enseñan!

Acaso se pregunte ahora: ¿engañará esta tendencia constantemente en todos esos planes observada? Y si no absolutamente ¿será legítima en parte? Y si no hoy ¿llegará un dia en que tenga su real y debido cumplimiento?

Desde luego cosa sabida es, que todo instinto que se observa en los indivíduos de una especie, por ser Dios quien lo inspira, nunca engaña. Esta verdad tiene aplicacion al espíritu científico de este siglo, como se manifiesta analizando lo que fueron las ciencias en su principio, lo que son hoy, y lo que serán en lo sucesivo.

Las ciencias en su aurora fueron un corto número de proposiciones evidentes por su poca comprension, cuya cualidad las hacia tan generales, que por su extension eran susceptibles de aplicarse á innumerables obgetos y sucesos; y el entendimiento del hombre, en fuerza de sus nobles dotes, fué concibiendo los muchos fenómenos contenidos en esas verdades universales, y enriqueciendo los ramos del saber con deducciones legítimas. Al mismo tiempo con otra fuente de conocimientos humanos se ensancharon los límites del saber: tal fué el análisis, arma invencible y camino cierto de notables descubrimientos. Porque el hombre estimulado por la naturaleza, tanto en el órden físico como en el moral, se aplicó á la observacion de los obgetos y á la de los innumerables fenómenos que se ofrecian á sus meditaciones; y descubriendo los de un mismo género, no tardó, viéndolos de unas mismas propiedades y en identidad de circunstancias, en referirlos á unas mismas causas. Así, la induccion y la deduccion fueron medios fecundos de verdades, que dilataron el vasto campo de la inteligencia.

Por espacio de muchos siglos los conocimientos humanos no merecieron el nombre de ciencia; porque si bien es verdad que caminaban á la posible perfeccion, permanecian sin embargo de una manera informe y poco reglada. El hombre, Ilmo. Sr., aunque dotado de un alma inteligente y activa, la empobreció con el pecado del Paraiso en sus medios de conocer. Desde entónces empezó á sentir dentro de sí mismo la lucha inestinguible que dura desde la cuna hasta el sepulcro. Las pasiones que debieron regirse por la razon, se rebelaron contra ella; y la fantasía, enemiga de límites,

puesto que pasa la tumba y dirige osadamente su vuelo á la eternidad, tascando el freno y resistiendo la guia de la inteligencia, se hizo madre fecunda de extravíos. Con todo, el entendimiento humano jamas se estaciona: ó progresa, si le dejan, en álas de sí mismo, ó se empobrece, si circunstancias especiales se oponen á su magestuosa marcha. Así es que, andando el tiempo, apareció el genio inmortal de Aristóteles, que reglando los conocimientos hasta entónces adquiridos, y uniéndolos á los que le sugiriera su razon, ilustrada con el estudio y ennoblecida con sus inspiraciones, formó un cuerpo de doctrina, que siendo ya una ciencia verdadera, tomó el nombre de Filosofía.

Hasta esta época todas las ciencias podian formar el patrimonio de un solo hombre, á quien llamaban filósofo ó amante de la sabiduría: por eso se dijo que la Filosofía era el conocimiento de las cosas divinas y humanas; comprendiendo el de todas las pertenecientes á los fenómenos mentales, el de las relativas al mundo exterior, é incluyendo las ciencias que despues se conocen con el nombre de facultades, porque todas formaban el extendido imperio de la Filosofía. Así, á los filósofos se debieron los primeros conocimientos de la Medicina; y filósofos, y nada mas, fueron los Licurgos y Solones, que consagraron sus trabajos á mejorar por medio de sus leyes la suerte de los pueblos.

Hecho este arreglo en las ciencias, se sometieron al estudio; y aunque enseñadas de viva voz, se trasmitian y fomentaban de una manera prodigiosa. Los discípulos encomendaban á la memoria las lecciones de sus sábios maestros, procurando conservarlas como un sagrado depósito, y venerarlas como divinos oráculos, Progresando ellas admirablemente con el transcurso del tiempo. adquirieron una extension superior á la capacidad mas grande de un solo hombre. Las facultades fueron las primeras que entónces se separaron de la Filosofía, si bien es verdad que esta

separacion, ni fué, ni es, ni será mas que aparente, á no ser que estas hijas quieran ingratas rebelarse contra la madre comun.

Posteriomente bajo la influencia de una verdad luminosa que las ciencias físicas contarán por uno de sus mas célebres triunfos, mudaron estas de aspecto. Hasta entónces sus conocimientos se habian sometido al solo crisol de la razon sin el auxilio de la experiencia; y como este no fuese el medio mas á propósito, ni para descubrir las verdades, ni para dilucidar y probar las conocidas, permanecian estas ciencias como en su aurora. Parece condicion de nuestra pobre naturaleza el no poder hallar los caminos que conducen á la verdad, sino despues de haberlos buscado, durante mucho tiempo, en los lugares donde no existen; de la misma manera que no acostumbra á seguir las sendas de la perfeccion, ántes de haberse dejado arrastrar de sus ilusiones por flaqueza. Con efecto, estaba reservado al genio reformador de Bacon manifestar que la experiencia era la única antorcha que debía dirigir la inteligencia en la investigacion de las verdades que forman el patrimonio exclusivo de las ciencias naturales y físicas.

No es dado á los estrechos límites de un discurso académico presentar la historia de los adelantamientos que, en virtud de este principio, tuvieron las ciencias mencionadas; pero diré que en corto espacio de tiempo se hizo necesario que formasen ramo aparte de la Filosofía, quedando este nombre consagrado solamente á significar las ciencias de los fenómenos mentales.

Las matemáticas, por otra parte, en fuerza de la excelencia y generalidad sorprendente del Álgebra que se aplicó con maravillosos sucesos á los problemas de la Aritmética, y mas principalmente á los de la Geometría y otras ciencias sobre las cuales ejerce su influjo, dilataron el vasto imperio que les es propio; y talentos portentosos de los cuales nos habla la historia para admiracion de las generaciones futuras, demostraron prácticamente que dichas ciencias, así como las físicas y naturales, son bastantes á ocupar la vida de un

hombre de extraordinarios alcances y de esmerada aplicacion, sin poderse gloriar de haber ni aun recorrido su extension dilatada.

Entre tanto las ciencias del hombre, (y las llamo así por que son las que le explican y proclaman rey de los séres sublunares) ensanchaban tambien sus dominios, dando á conocer la índole de nuestra alma, su inteligencia, su actividad y los medios por donde estas propiedades se desenvuelven; ya explicando sus relaciones con los sentidos, y el número, naturaleza, distincion, excelencia é imperfeccion de los mismos; ya conduciendo al hombre como de la mano á la formacion de las ideas universales, verdadero patrimonio de nuestra especie, puesto que por ellas dominamos las ciencias y nos distinguimos especialmente de los brutos; ya recorriendo, mediante la análisis, la inmensa escala que media entre la nada y lo infinito, pasando así de los fenómenos mentales, y aun de las ideas mas complicadas de los séres muy compuestos, á otros que representan las ideas de lo simple, en las cuales se hace imposible la descomposicion en partes verdaderamente distintas. Dificilmente pudiéramos significar hasta qué término habia progresado dicha ciencia por virtud de los trabajos de hombres eminentes que se consagraron á su estudio; pero podemos asegurar que si se reunieran los escritos sobre esta clase de conocimientos humanos, bastarian á formar una biblioteca rica en el número de sus volúmenes, si bien es verdad que entre ellos se contendría la historia, así de los sucesos mas plausibles como de los extravios mas lamentables de la humanidad. Tanta es la grandeza de esta ciencia por su extension sin límites y por la dilatada série de abstracciones, en que es necesario buscar y retener la evidencia, que huye y se esconde en medio de fenómenos, complicados y obscuros unos, y otros imposibles de explicar y acaso de concebir, por ignorarse como se efectuan. Pero podrá objetarse: ¿y cómo las ciencias matemáticas recorriendo tambien el mismo espacio que media entre la nada y lo infinito, conservan una evidencia capaz de satisfacer á la razon?

Esta duda se disipa fácilmente, conociendo la índole y naturaleza de ambas ciencias, pues aunque prescindamos de la que, entre las pertenecientes á los fenómenos mentales, tiene por objeto explicar el modo de funcionar el alma humana, las demas versan á la vez sobre ideas, que si bien pueden ser claras, reales, y algunas veces distintas, jamas conseguirán el grado de evidencia que las matemáticas dan á la idea de la cantidad, en la que por pesarse ó medirse designan hasta los grados de la cosa significada.

De otra parte, las palabras, signos que utiliza nuestra memoria para conservar la evidencia en una série de juicios que se expresan mediante proposiciones; si se atiende á su composicion y á los rodeos de las lenguas, hijos unas veces de la necesidad, y otras de la elegancia, no son tan á propósito como los signos del álgebra; los cuales por la extremada simplicidad de que gozan, presentan descarnado al raciocinio, descubren claramente las relaciones de las ideas representadas por él, y muestran, por último, el hilo cierto de las ilaciones, que conduce á la verdad deseada. Véase por qué estas ciencias y las de la Religion, darán á conocer, acabado el mundo, que sus verdades no dependian de falsas y temerarias hipótesis, ni se obscurecian por la influencia de los vicios, ni se veian, en fin, por el engañoso prisma de las ilusiones humanas.

Con la aparicion del cristianismo variaron de aspecto las ciencias de los fenómenos mentales, alejándose de ellas los sistemas absurdos y las ideas extravagantes y hasta ignominiosas á la dignidad de nuestra especie, en que por desgracia se extravió la antigüedad. La revelacion sirvió de maestra á la razon, para que concibiera una filosofía racional, enseñando de una manera evidente lo que es el hombre por su naturaleza y por el divino fin á que se destina. Con efecto, el ser á quien se comunica la verdadera idea de Dios y se anuncia que fué

hecho á su imágen y semejanza, forma una idea exacta de su mérito y se le dispone á buscar la senda que conduce á su verdadera grandeza: el ser á quien se le ordena observar la mas completa abnegacion, y que extinga hasta las últimas semillas de su amor propio, se aleja de las pasiones brutales que apocan los progresos del espíritu, las inspiraciones del génio, y los vuelos bien dirigidos de la imaginacion: el ser á quien es amable la práctica de las virtudes mas sublimes, se hace todo espíritu y aborrece el materialismo grosero que nos identifica con los animales mas inmundos: el ser á quien se le predica la caridad y se le manda por primera vez que ame, no solo á sus bienhechores, sino tambien á sus mas encarnizados enemigos, se hace todo para todos, concibe la idea del heroismo mas sublime, comunica su saber con sinceridad y echa por tierra el espíritu de reserva y de énfasis que caracterizaba la ciencia de los primitivos tiempos; y por último, el ser á quien se le hace conocer que su fin es identificarse con los goces hijos de la posesion de Dios en la otra vida, vé ante sus ojos el retrato mas acabado de sí mismo, y acomodándose á todo lo que dice relacion á este fin que tanto le perfecciona, se encuentra forzosamente instruido en la verdadera filosofía y alejado de las falsas doctrinas á que los extravíos de la razon han rendido tantos homenages. ¡Oh religion santa! Tú te bastas á tí misma y no necesitas de los recursos humanos para perpetuar tus victorias. ¡Dichoso el dia en que el mundo te adore y te practique, porque solo en tu posesion serán los pueblos civilizados y felices! Porque ¿quién duda que con la aparicion del cristianismo mudó la faz de la sociedad, morigerándose con la dulzura de sus celestiales preceptos? Los vínculos que ligan á los que mandan con los que obedecen, y las íntimas relaciones que traban el Estado y mantienen el órden, se estrecharon mas y mas por la nueva vida que recibió el principio de autoridad: el amor fraterno consiguió tambien un grado de perfeccion hasta entónces desconocido, mediante la ley de la cari-

dad anunciada por primera vez en la Judea, promulgada con milagros y portentos, y sancionada en fin en el Calvario con la sangre de un Dios hombre. De aquí la abolicion de la esclavitud, debida á los esfuerzos del cristianismo, y la elevacion de la muger al goce de los derechos de persona; cuyos dos grandes acontecimientos variaron la estructura social, originaron la paz y las delicias de las familias y ahuyentaron en fin la barbarie y ferocidad con que se enseñoreaba el poder sobre indíviduos de una misma naturaleza. ¡Ah! Si los beneficios no fueran fuente fecunda que tambien da vida á los ingratos, debiéramos enagenarnos al resonar en nuestros oidos el honroso nombre de cristiano; y elevando nuestra imaginacion, bendecir con júbilo al Dios que nos otorgára el bien inmenso de pertenecer á esta sociedad divina; divina, sí, porque es hija de los cielos.

Constituidas, pues, las ciencias en el estado de progreso, fruto del transcurso del tiempo y de la influencia del cristianismo, hemos probado que cualquiera de las llamadas físicas, así como las exactas, y por último, las que estrictamente se reservan el nombre de filosóficas, son bastantes para ocupar la vida de un hombre laborioso. Esta verdad parece contradictoria con el espíritu del siglo, por el que cada cual tiende al dominio de todos los conocimientos; pero si bien se considera, ese grado de perfeccion á que han llegado, ofrece una prueba inconcusa que justifica dicho espíritu. Porque, cuando los distintos ramos del saber estaban como en gérmen en las primeras épocas, las ciencias, no bien ligadas entre sí, se estudiaban aisladamente sin procurar el auxilio de las otras; mas luego que ensancharon sus límites é invadieron todas los dominios inmediatos, se ha hecho imposible aspirar á la posesion de una, sin disponerse ántes en la que le suministra conocimientos indispensables: de cuyo hecho nos convenceremos fácilmente, si las analizamos con imparcialidad y discernimiento. Y á la verdad, ¿dónde está hoy el hombre ignorante

que quiera en álas de sí mismo penetrar en el dominio de la Física, sin haber ántes conseguido de las ciencias matemáticas la luz refulgente que disipa la obscuridad y concluye con los misterios de aquella ciencia? Ciertamente que si á esta se le privára de lo relativo á la Mecánica, que es una de las ciencias matemáticas, quedaria reducida á ciertas propiedades de los cuerpos; y ni aun así se explicarian sin el auxilio de aquellas los importantes tratados del calórico, y mas principalmente los de la luz y de la atraccion.

La Química, que empieza donde la Física acaba, tampoco es una ciencia enteramente aislada; puesto que esta le proporciona conocimientos, y no pocos las ciencias exactas, ya en todo lo relativo á las leyes de las combinaciones y ya en cuanto á las formas geométricas que afectan los cuerpos que son objeto de sus explicaciones. Al hablar de la Química no debemos pasar en silencio que entre los ramos de su especie es la que mas ha hecho ver que una ciencia bien tratada es un lenguage perfeccionado.

¿Y qué diremos de la Historia natural considerada en los tres reinos á que se extienden sus conocimientos? La Mineralogía, ¿no necesita de la Geometría para describir las formas de los séres naturales? La Zoología, á mas de la instruccion en la ciencia referida, ¿podrá explicar los movimientos de los animales sin que ántes la Física le haya demostrado las leyes del equilibrio y de los movimientos de las distintas palancas que se conocen? Si ha de explicar los fenómenos de la respiracion y del instinto que dirige á los animales, ¿no son los primeros del dominio de la Química, y los segundos un tratado de la ciencia de los fenómenos internos por donde entendemos la diferencia existente entre el alma del hombre y la de los brutos? Y por último; la Botánica sin la Geometría ¿podrá describir las formas de las distintas partes que constituyen á los vegetales? Y si se fija la consideracion en el ascenso de la sávia, ¿es mas, de cualquier manera que se

explique, que un fenómeno enteramente físico?

Pues veamos la Geografía. ¿Puede esta, aunque omitamos enumerar algunas otras ciencias de las cuales se utiliza, dar la mas pequeña idea de sí misma sin las ciencias matemáticas? En sus primeros rudimentos empieza á necesitarlas, y con su auxilio se alza hasta la Geografía Astronómica, que propiamente considerada, es un ramo, y sublime, de las ciencias exactas.

Y la Historia ¿tiene por ventura vida exclusiva? ¿No busca á la Geografía como amiga inseparable? ¿No llama ademas en su auxilio á las ciencias filosóficas, á la política, á las artes, á la cronología y á la literatura?

Inadvertidamente he nombrado la ciencia que me faltaba de las comprendidas en la enseñanza de la Filosofía. Y pregunto: ¿podrá alguno vanagloriarse con el nombre de literato sin merecer el de filósofo? No: la literatura busca los conocimientos de la Lógica, de la Gramática general, del idioma propio, de la lengua latina para el estudio de los modelos acabados en perfeccion; y como estos no se consigan sin el estudio de la Geografía, de la Historia y de la Mitología, de ahí que sean tambien indispensables estos ramos. Que no se me oponga el número infinito de los que escriben, usurpando el nombre de literatos, sin poseer las ciencias mencionadas; porque los nombres de tales escritores no pasarán á las generaciones futuras, como los de nuestro Leon, Cervantes, Solis, Rioja y otros muchos de nuestros mejores tiempos, y de época mas reciente los de Reinoso, Lista, Roldan, célebres hijos de esta ilustre Academia. ¡Ah! El arte que triunfa del corazon, convirtiendo las verdades en sentimientos, es el resultado de una Filosofía sublime.

Y deteniéndonos, aunque brevemente, en el análisis de las demás facultades; ¿podremos demostrar que reciban de la Filosofía su vida y esplendor? Ciertamente que sí; porque á todas partes lleva su grata influencia esta madre benéfica. Y si no,

¿qué es la Jurisprudencia, facultad á que tengo el honor de pertenecer por que es no menos expléndida por la sublimidad de su doctrina, que por la grandeza á que la eleva su destino, mas que una aplicacion de la Moral, de la Historia y otras ciencias filosóficas? El derecho romano ¿puede comprenderse sin la Historia de este pueblo, singular por su patriotismo, eminente por su ilustracion, y grande por sus conquistas? Nuestro derecho ¿es mas que el mismo derecho romano modificado y añadido segun las exigencias de la civilizacion y los progresos de la Filosofía? El derecho canónico ¿no exige una vasta instruccion en la série no interrumpida de los sucesos eclesiásticos pertenecientes á los diez y ocho siglos de la Iglesia, porque como verdadera sociedad tiene tambien su historia, y no poco científica? Aun se aplican con mas fuerza estas reflexiones á las nuevas asignaturas que forman hoy el complemento de esta facultad, como la de Codificacion, Derecho natural y Códigos comparados. Es bien sabido que el Derecho natural es una ciencia propiamente filosófica; y en cuanto á la comparacion de los Códigos, aun no tengo conocimiento de la existencia de un texto digno de esta asignatura; pero si lo hubiese, me veria obligado á reconocer en su autor un filósofo consumado, por que á las doctrinas propias de la Jurisprudencia habria sabido unir las de la Historia, las de la Geografía, las de la Moral, las de la política y las de los afectos del corazon humano, y por consecuencia las mas extensas y profundas del hombre con sus virtudes y sus extravios.

Vengamos ya á la ciencia que alivia y sana las enfermedades del cuerpo. ¿Qué es la Medicina en sí misma considerada? ¿Qué es esa noble facultad que arrebata víctimas á la muerte? Aunque omitamos algunas asignaturas que se estudian como preliminares y que son verdaderamente filosóficas, para fijarnos en las que segun su índole son mas propias de la ciencia mé-

dica, como la Anatomía y la Fisiología: ¿son por ventura una y otra mas que la misma historia natural perfeccionada? Y la parte de esta última ciencia, que se ocupa de los fenómenos mentales, ¿qué es sino un tratado de la Psicología? Por último la materia médica ¿no es una aplicacion de la Historia natural y de la Química?

Lo mismo podremos decir de la Farmacia, facultad elevada en estos últimos tiempos á una categoría científica que no tuvo en siglos anteriores, por que el mejor farmacéutico es un naturalista instruido y un químico consumado con ciertos conocimientos prácticos, relativos á su profesion. Y en prueba de lo que acabo de manifestar, entendamos que la historia no honraría los gloriosos nombres de nuestro Orfila y de Virey, médico el primero y farmacéutico el segundo, si no se hubieran inmortalizado con las obras filosóficas que consagraron á la posteridad.

La Sagrada Teología es sin duda la facultad que cuenta con un campo mas propio y exclusivo, por que donde termina el imperio de la razon, empieza el de las verdades divinas que viven á la sombra de la autoridad de Dios. Pero como esta ciencia haya de hacerse práctica, por que la religion de Jesucristo, oficiosa segun su naturaleza, inspira á su Sacerdocio la actividad necesaria para que, sin olvidarse de su propia justificacion, se consagre á sus hermanos, siendo un todo para todos en la administracion de los Sacramentos y en el ministerio del púlpito; se sigue por esta causa que el Teólogo tiene necesidad de tantos ó mas conocimientos filosóficos que los que profesan las otras facultades. No es mi ánimo dar á la razon un lugar superior al que le pertenece, y mucho menos cuando se trata de la palabra de Dios. Antiguo alumno de las escuelas de Teología y Filosofía, y cristiano desde mi nacimiento, no ignoro que cuando en la ciencia de la Religion, y aun en las demas, aunque no tanto, se

erige á la razon un trono exclusivo, se levanta á la verdad un afrentoso cadalso.

Pero no todos los tratados teológicos son de tal naturaleza, que no llamen imperiosamente á la razon en su auxilio; y así se explica que los teólogos eminentes hayan dominado siempre la filosofía de su tiempo. ¿Qué fueron los Basilios, los Tomas de Aquino, los Gerónimos, los Agustinos sino los filósofos mas celebrados de su siglo? Lo mismo se puede afirmar de los que han florecido en épocas mas recientes. ¡Ah! Si el autor de la vida reanimára hoy los restos de nuestro venerable Arias Montano, (nuestro, sí, por que aun conservámos sus matrículas en nuestra Secretaría, su nombre escrito entre los célebres hijos de esta escuela y sus cenizas en ese mármol frio, custodiadas bajo las bóvedas de este grande y suntuoso templo): si por un rasgo de la Omnipotencia divina, repito, se presentàra delante de nosotros con la mision de enseñarnos el camino que debiéramos seguir, para aspirar cada uno á la perfeccion en la facultad que ejerce, ciertamente que terminaría sus sabias exhortaciones, manifestándonos, si á la verdad hacía el último sacrificio de olvidarse de su modestia, que su renombre y dilatada y merecida fama de sábio se debió en gran parte á la aureola gloriosa que ciñe siempre las sienes de los filósofos eminentes y de los humanistas consumados.

Pero el sacerdocio cristiano ¿es mas que una cohorte benéfica, que bajo la direccion de sus legítimos pastores profesa y ejerce el apostolado de Jesucristo? Su mision es la de enseñar las verdades divinas, razonando y convenciendo; dirijiendo los entendimientos y ganando los corazones. Para ello se hace indispensable que su sabiduría se acomode á las circunstancias, á las costumbres y á los tiempos, porque aunque los hombres sean siempre los mismos, no siempre se forman con los mismos colores sus retratos; y si los vicios se visten de formas variadas, y encuentran en los que los practican sus defensores; ¿podremos esperar mucho de un Aposto-

lado que no sepa batir al siglo con sus propias armas? No. El Teólogo profundo podrá algunas veces convencer al entendimiento, pero no sabrá ganar el corazon: conseguirá que se respete la Religion, pero no nos llevará, movidos de una fuerza poderosa, á los templos y á los altares. La Teología no posee el maravilloso arte de vencer la tiranía de las pasiones; arte desgraciadamente mas indispensable en nuestros dias. ¡Ay! Nuestra fé no es como la de aquellas generaciones dichosas, que recogieron el último suspiro de un Dios hombre, el cual al eclipsarse, como moribundo reflejo del dia, para renacer mas refulgente, les legó en sus lánguidas miradas las últimas inspiraciones de su celo. Aquellas naciones fueron todas de espíritu y estas de una indiferencia religiosa que no se confiesa vencida, sino cuando se le predica el ejemplo; leccion eficaz y llena de imperio, si la acompaña aquella robusta elocuencia, que uniendo la persuacion al sentimiento, levanta llamas hasta en los corazones helados. Y por ventura, ¿fué otra la conducta de los célebres oradores cristianos que produjo la Francia con los libros de nuestros escritores ascéticos en tiempos de Luis el grande? Bossuet, aquel árbitro de la elocuencia sagrada, cuya imperiosa voz parecia dar vida á los héroes que celebraba para que fuesen público testimonio de la verdad de su predicacion; Bossuet, cuyas eficaces expresiones, profundos juicios y magestuosas imágenes amenazaban á las ilusiones humanas con el fin funesto de sus engañosos atractivos, y á todos los vicios con el de su grande y dilatado poderío: ¿dónde aprendió á seguir ese camino tan sembrado de glorias y de triunfos? ¡Ah! Díganlo sus obras filosóficas.

Bourdaloue ¿donde aprendió aquella sublime persuacion que le dió la primacía en el ministerio del púlpito, y con la que perseguía al entendimiento rebelde hasta el punto de no dejarle otro recurso que confesarse vencido ó aterrarse? Fácilmente se puede conocer donde encontraría los sabios preceptos que le dispusieron á que

por su boca hablára siempre la Religion un lenguage propio de ella. Masillon ¿cómo se hizo admirable en el arte de imitar á la naturaleza, de ser ingenioso, á veces sublime, y siempre modesto, afectuoso é insinuante? ¿Cómo conseguiría pintar el corazon humano y conocer tambien al hombre para eficazmente corregirle? El célebre Obispo de Nimes, el Arzobispo de Cambrai, y el docto jesuita intérprete y comentador de Virgilio ¿por qué pudieron inmortalizar sus nombres? ¿Por qué ofrecieron á la Religion los trofeos de tantos vicios estirpados y consumidos por el fuego devorante de tan sublime elocuencia? Por qué supieron el arte que instruye deleitando, y censura confundiendo; por que estos eminentes oradores y los que ya hemos referido, fueron maestros consumados, así en la ciencia de la Religion y la Filosofía, como en el perfecto conocimiento de las bellezas literarias, sin olvidar la honestidad en las formas, compañeras inseparables del estilo grave, y los límites que prescriben la grandeza y dignidad de las verdades divinas, en lo cual se prueba que la religion de Jesucristo todo lo acoge, todo lo utiliza; todo, menos el vicio, y la ignorancia.

Justificada así la tendencia del siglo á la generalidad de conocimientos, podrá acaso ofrecerse la siguiente observacion que hace algun tiempo discurria por mi mente. Si el espíritu científico del siglo es tal como se ha pintado, ¿por qué encuentra grandes obstáculos en satisfacer lo que desea? Si es tan conocido y universal, que puede explicarse por un instinto: ¿por qué la juventud estudiosa no llega sin gran dificultad á esa perfeccion científica? Si es una tendencia irresistible y juiciosa, pues que está demostrada la necesidad de la mayor parte de las ciencias para poseer una, segun el estado de progreso en que se encuentran: ¿por qué no se tiene la inspiracion de los medios conducentes á la fácil consecucion del fin instintivo de nuestro siglo? Dios cuando inspira las inclinaciones, inspira tambien los medios de seguirlas, allanando á los brutos el camino para hallar esos medios; y en

nuestra especie, como inteligente y libre, despertando nuestras facultades activas mediante el inestinguible deseo de la felicidad. ¿Por qué pues no se abren esos caminos por donde pudiera satisfacerse tan universal deseo? Sin duda que pueden y debieran abrirse; y V. S. I. que con su profunda sabiduría tanto ha meditado en las verdades anunciadas en este discurso, ha comprendido la intensidad del mal y adivinado su remedio. Los Profesores españoles lamentan en la enseñanza filosófica elemental la falta de buenos textos; pues aunque diariamente se publican, ninguno, sin que mi censura perjudique la buena opinion de sus autores, llena el objeto que se proponen en su publicacion. Diré mas: el profesor mas instruido, aunque le anime el mejor deseo, no puede en la Filosofía elemental escribir aisladamente un texto que satisfaga las necesidades de la enseñanza. Y es la razon, porque habiendo todas las ciencias allanado los límites en que estaban como encerradas en su infancia y adolescencia; habiendo invadido cada una el dominio de las otras, y necesitándose, como hemos probado, del auxilio de las mas para la inteligencia de cada una en particular, se han visto los autores de las nuevas producciones en la precision de dar ciertos conocimientos que, sin dejar de ser propios de otra ciencia, son al mismo tiempo indispensables para entender completamente aquella cuyo tratado publican. De ahí es que el naturalista utiliza algunas nociones de la Física, de las Matemáticas y de la Química: el Geógrafo de las mismas ciencias exactas; y así de los demas, como se ha manifestado: resultando de esto la repeticion en distintas ciencias de unos mismos conocimientos, que por enseñarse revestidos de variadas formas, son como nuevos para los alumnos. Así se pierde en ello el tiempo mas precioso y se origina una confusion en las ideas, harto lamentable.

Para tan grave daño pudiera hallarse el remedio en la decision de un claustro de Profesores eminentes en conocimientos

filosóficos que, comenzando por dar á cada ciencia lo que es suyo, se conviniera despues cada indivíduo de este cuerpo en escribir el compendio de su respectiva asignatura: la reunion de estos trabajos, hechos bajo la ley rigurosa de la unidad indispensable y posible, formaria una obra elemental completa y adecuada para la enseñanza, que sin duda seria contada como una adquisicion importantísima.

Menester era que los dichos autores procurasen huir de los dos grandes escollos en que se ha precipitado la mayor parte de los que han dado á luz estas clases de producciones. Llevados unos del deseo de gloria y de las decisiones, siempre funestas, del amor propio, han publicado con el modesto título de compendio libros voluminosos, en los cuales han dicho cuanto saben en la materia: otros por el contrario, creyendo que el compendio de una ciencia no es mas que un libro pequeño en que se trate de ella, quisieron llenar el obgeto con una obra en la que se presenta la ciencia mutilada en varios de sus tratados, y aun despojada en estos de los conocimientos indispensables para la unidad científica; resultando por consecuencia un todo inconexo, inexacto y de poca evidencia en sus pruebas. Por lo cual, si los primeros no prestan utilidad á la enseñanza, los segundos son altamente perjudiciales.

No cabe duda en que la formacion de un buen compendio es la obra deseada donde se prueban los ingenios; porque á mas de necesitarse los mismos conocimientos en las ciencias de que se trate que para escribirse otra obra muy extensa, es menester estar dotado de un tino exquisito en la eleccion de lo que debe decirse y callarse. De este modo ofreceríamos la ciencia con claridad y precision en el verdadero estado de sus adelantos, con órden y dependencia, así en sus tratados como en sus conceptos; y de este modo tambien mostraríamos las ideas mas perfectas y ligadas artificiosamente. En una palabra, el que compendia una ciencia, imita al pintor que traslada un gran cuadro á un pequeño lienzo,

en el cual han de presentarse, reducidas, todas las partes constituyentes del original hasta con sus propios accidentes, conservando así el interes, la vida y la belleza de la obra magistral. Tal es la empresa que debiera coronarse; mas no pudiendo ser hija de un hombre á quien estimulára el deseo de la gloria; ¡ojalá el gobierno de S. M., único poseedor de los resortes capaces de despertar la actividad en sus subordinados, pusiera á un claustro en el caso de hacer suya una empresa tan gloriosa para las ciencias filosóficas!

Réstame ahora, I. S., exponer un argumunto que acabará de justificar el espíritu científico del siglo, tal como lo hemos considerado. Es cosa harto sabida que todos los fenómenos mentales se someten á ciertas leyes tan sabias como constantes; de lo cual resulta que las ciencias por estar bajo el imperio del entendimiento, las obedecerán tambien. Por otra parte, ya hemos dicho ántes que las ideas, á par que crecen en extension ó sea en el número de indíviduos, objetos ó fenómenos á que se aplican, disminuye en comprension; esto es, en el número de ideas parciales que las constituyen; y que de esta manera se forman las universales, pasando de la mayor en comprension y mas simple en extension, cual es la del indíviduo, á una idea que siendo capaz de significar todas las cosas existentes, apénas puede concebir el entendimiento la idea reducida que forma su comprension. Tal es el fenómeno que nos presentan las abstracciones, y la generalidad que se sigue á ellas como compañera inseparable. Haciendo, pues, aplicacion de esta doctrina á las ciencias, observaremos que mientras mas se enriquecen en fenómenos, hijos en unas de la observacion y de la experiencia, y en otras de inducciones y deducciones legítimas, mas y mas se dilucidan y aun se descubren las causas ó principios que los explican, y de los cuales proceden. Así es que la historia de una ciencia, antes de encumbrarse á cierto grado de perfeccion, solo nos presenta, ya un grupo de fenómenos de una misma especie, explicado por una hipótesis, ya otro tambien de una misma natu-

raleza, referido á cierta causa, y ya por último otro de fenómenos que pareciendo solo semejantes, no se refieren á un solo principio, y se explican por distintos. Pero como las causas y las hipótesis suelen ser falsas, y los fenómenos que solo aparecen semejantes, son muchas veces modificaciones de uno mismo; no es la ciencia mas que un cáos de confusion y de obscuridad, hasta que viniendo en tiempo mas feliz á un estado de mayor adelanto, se sustituyen las verdaderas causas á las falsas y á las hipótesis, y una sola y luminosa razon á las muchas con que ántes se querian explicar fenómenos que parecian diversos. De este modo la teoría que ántes ocupaba muchas páginas, se redujo á un simple raciocinio; ó lo que es lo mismo, los fenómenos, objeto de las ciencias, fueron progresivamente mas en número, pero sus aplicaciones reducidas á mayor claridad, sencillez y exactitud. Luego las ciencias, á par que crecen en objetos de aplicacion, se simplifican y se someten al dominio de la inteligencia. Cualquiera de los ramos del saber humano ofrece una prueba práctica de esta verdad. La Física, por ejemplo: ¡qué cáos no presentaba en órden á la atraccion ántes que el genio de Newton, célebre príncipe de las ciencias, la hubiera enriquecido con su inmortal descubrimiento! Un volúmen, y no de estrechos límites, se hubiera podido formar de los distintos pareceres con que los físicos intentaron probar los fenómenos que nacen de aquella propiedad esencial de la materia; y hoy mayor número de hechos, no tomados ántes en cuenta, se explican con esta sola y admirable ley. La atraccion está en razon directa de las masas é inversa de los cuadrados de las distancias. Conocida mejor esa ley, y observada la propagacion del sonido, del calórico y del lumínico, se descubrió que tambien la obedecían. Y he aquí como la ciencia extendió á otros casos y á otros cuerpos una misma ley: lo cual hizo simplificándola en el número de ideas que ántes la constituian.

Si no temiera abusar de la atencion de V. S. I., amplificaría

esta verdad, haciendo aplicacion de ella á otras ciencias que nos ofrecieran en su análisis observaciones y resultados tan curiosos, como dignos de vuestra consideracion. Pero no debo pasar en silencio un argumento que robustece en gran manera el que acabo de manifestar; á saber: las ciencias son un destello de la divinidad; y como todo lo que hay en Dios, es el mismo Dios, se sigue que estas son en su fuente tan simples como lo es la misma esencia divina; y por cuanto todas las cosas en este mundo, cuando se encaminan á su perfeccion, se aproximan á un tipo perfecto, así las ciencias perfeccionándose, se aproximarán á la simplicidad con que existen en la mente de Dios. Es verdad que siendo nuestro entendimiento finito y de estrechos límites, le es del todo imposible poseerlas en ese estado de simplicidad; pero se verificará lo que con todas las cantidades variables, cuando se aproximan á sus límites; que aunque no se puedan jamas identificar con ellos, van progresivamente haciendo cada vez menor la diferencia.

De lo demostrado, pues, resulta la razon con que el siglo, llevado de un instinto irresistible, exige de los hombres la generalidad de conocimientos, que equivale á la posesion de la mayor parte de las ciencias, ya porque en la antigüedad reducidas estas á ciertos principios evidentes, se prestaban al dominio de los talentos, ya porque, si bien es verdad que con el tiempo se perfeccionaron, al fin conseguido cierto estado de adelantamiento, rompieron sus límites ficticios, é introduciéndose cada cual en el dominio de las otras, se conoció la imposibilidad de egercer el magisterio en cualquiera de los ramos del saber sin la inteligencia de los demas. Esta razon por sí sola es bastante para justificar el espíritu del siglo, como se ha probado recorriendo ligeramente los ramos del saber y sus exigencias respectivas; y como los unos y las otras sean iguales en número, la demostracion es matemática: por lo cual solo puede contrariarla la preocupacion ó la ignorancia. Por último, y con el obgeto de probar que en siglos venideros serán

mayores las consecuencias del espíritu del presente, hemos aplicado á las ciencias la misma ley que á todos los fenómenos mentales, y demostrado que, mientras mas vasto es el campo á que se dirigen las investigaciones, mas y mas se simplifican las causas que producen los fenómenos, y por consecuencia mas y mas se someten las teorías científicas al dominio del hombre. En esta progresion seguirán sin duda hasta que, rotos los vínculos con que nuestros espíritus se ligan á la materia, pasen estos á la eternidad á recibir el complemento de su perfeccion en aquella pátria feliz, morada de ventura, fuente de eternos goces y delicias, donde el alma extasiada solo por sus placeres imperecederos, se sienta y aperciba de sí misma. Gozando así de Dios, manantial de bienes inefables, verá disiparse la nube que obscurecia la luz de la razon; y ennoblecida con la vision beatífica que Dios concede á sus escogidos, conseguirá el conocimiento de las verdades eternas y el sumo bien, que harto buscado donde no existe, solo se encontrará en la eterna mansion donde Dios habita.

Sábios Doctores, á quienes, si los cristianos pudieran énvanecerse, se concederia hasta el derecho de celebrar vosotros mismos las propias glorias: ¿habrá en la tierra mision mas augusta que la que dirige los talentos y coadyuva al progreso de las ciencias? No dudo el asegurar sin miedo de contradiccion, que las mas respetables participan del carácter de la vuestra. El mismo cetro de los Reyes no seria tan augusto, si no tuviera por obgeto conducir á los pueblos por los senderos de la felicidad, ilustrándolos con prudencia y discernimiento. Diré aun mas: la Tiara que descansa sobre las sienes del sucesor de San Pedro y Vicario de Jesucristo en la tierra, no apareceria tan sublime á la consideracion de los católicos, si su mision exclusiva no fuera guiar la inteligencia, conservándola en la posesion de las verdades divinas, é inspirando al mismo tiempo el amor á las virtudes cristianas. Yo os aseguro que al apoderarse de mi ánimo esta idea verdaderamente gloriosa,

bendigo los trabajos que he consagrado á la instruccion, por mas que me hayan ocasionado esta vejez anticipada; y reanimándome un fuego vivificador, me parece que puedo sobreponerme á los estragos de una naturaleza empobrecida y de unas fuerzas ya gastadas.

Y vosotros, jóvenes estudiosos, esperanza de la Religion y de la Patria, entrad; que ya teneis abiertas las puertas del templo de las ciencias. Allí encontrareis la escala que conduce á la inmortalidad: subídla bajo la direccion de unos maestros que encanecidos en la enseñanza, os removerán todos los obstáculos. Pero ántes desterrad ese espíritu de inaccion, que caracteriza á muchos de vosotros, sustituyéndolo con una actividad que satisfaga los deseos y dé felice cima á las empresas, las cuales acrediten vuestros triunfos con los mas plausibles sucesos. Ademas sed constantes para no retroceder en los pasos difíciles: seguid á vuestros Profesores, como el navegante enmedio de las nieblas de la noche sigue la luz del faro. Por último, procurad ser cáutos; porque en el dilatado campo que vais á recorrer, no se pueden segar todas las flores; menester es dejar unas por nocivas y venenosas, y otras que por demasiado tempranas, deben reservarse para mejor tiempo. Así llegareis al feliz término; y cuando un dia ciñais vuestras frentes con la oliva y el laurel, podrá este Cláustro contemplándoos, exclamar lleno de un noble entusiasmo: Vosotros sois mis hijos predilectos, frutos preciosos de mis afanes y desvelos; porque oísteis mi doctrina, os aprovechásteis de mis trabajos, é imitásteis en vuestra vida mis cristianos ejemplos. Al celo del Gobierno y de la Universidad sois deudores de vuestra posicion, de vuestros nombres, de vuestras virtudes, de vuestro saber, y hasta de esa gloria que el mundo os tributa en recompensa.

SEVILLA.

Imprenta: Librería Española y Extrangera de D. J. M. Geofrin,
calle de las Sierpes número 35.

AÑO DE MDCCCLVII.